

# *Enfermos y visitadores en torno a la Mesa*

*Hna. Gloria Guadalupe Hernández Hilerio EMJ  
Secretaria Nacional de la POSPA*



*“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él” Jn 6, 54-57.*

En el Evangelio de San Juan descubrimos que la Eucaristía nos ayuda a permanecer unidos a Cristo, Él es el alimento que nos da vida eterna, a la vez que nos une con Dios y con el prójimo. A través de la Eucaristía entramos en el misterio de Dios en acción de gracias y alabanza al Padre, por la Obra redentora de Cristo; en cada Eucaristía como sabemos se renueva el sacrificio incruento y todos como Pueblo de Dios (muchos o pocos visiblemente presentes) nos unimos a ese sacrificio y nos comprometemos a vivir y anunciar el misterio de nuestra Salvación.

La Eucaristía es sacramento de unidad, donde se nos recuerda el compromiso bautismal de hacer discípulos a todas las naciones, y este mandato es vivido por cada uno de los cristianos desde su realidad y vocación.

En la Eucaristía el Señor nos convoca como Pueblo suyo y miembros del cuerpo místico que es la Iglesia, es por eso, que podemos afirmar que los enfermos y visitantes en torno a la mesa eucarística reciben de ella la fortaleza para la enfermedad y apostolado. Iremos poco a poco profundizando en ello, teniendo como referencia que la Eucaristía es alimento de vida eterna, sacramento de unidad y fundamento de la misión como lo ha escrito el Cardenal Toppo: “La Eucaristía es, pues, necesaria para la autenticidad y eficacia de nuestra misión evangelizadora”<sup>1</sup>, ya que no solo respalda nuestro apostolado sino que lo fundamenta.

*“La Iglesia vive de la Eucaristía desde sus orígenes. En ella encuentra la razón de su existencia, la fuente inagotable de su santidad, la fuerza de la unidad y el vínculo de la comunión, el impulso de su vitalidad evangélica, el principio de su acción evangelizadora, el manantial de la caridad y la pujanza de la promoción humana, la anticipación de su gloria en el banquete eterno de las Bodas del Cordero (cf. Ap 19,7-9)”<sup>2</sup>*

1 La Eucaristía y la misión. cardenal Telesphore Placidus Toppo

2 Asamblea sinodal en el Año de la Eucaristía Instrumentum laboris y su uso. 2005.

Como podemos leer la Eucaristía es alimento vital para la vida de la Iglesia. El concilio vaticano II en Lumen Gentium 11, nos dice:

*“El sacrificio eucarístico, es fuente y cumbre de toda la vida cristiana”. No podemos construir una vida cristiana lejos de la mesa eucarística, “Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua”<sup>3</sup>.*

Por ello, es que los enfermos se nutren de este sacramento para poder vivir las limitaciones que conlleva una enfermedad y desde ella se unen a Cristo para colaborar ofreciendo sus dolores y sufrimientos por la salvación del mundo entero.

La Eucaristía, y, por tanto, la Santa Misa, no son “una cosa más” o “una devoción piadosa” que cuando lo deseamos vamos o la vivimos, nosotros somos cristianos porque Dios nos ha salvado, y cada celebración eucarística actualiza ese misterio de la salvación: vida, pasión, muerte y resurrección de Cristo. “Actualiza”, renueva, riega y hace fecunda la vida de la Iglesia. Cuando afirmamos que la Eucaristía vivifica la Iglesia estamos subrayando que su falta dejaría sin oxígeno la propia Iglesia (que somos nosotros), es por ello que todos como pueblo de Dios buscamos la participación activa en ella.

No es un banquete que podamos vivir aisladamente cada cristiano, aunque si se da un encuentro personal con el Señor, pero la Eucaristía, manifiesta visiblemente todo su esplendor cuando como familia cristiana TODOS en torno a la mesa confesamos nuestra fe en Cristo; presente de forma real en su cuerpo, sangre, alma y divinidad, para darnos vida. El Papa S. Juan Pablo II en la Encíclica Ecclesia de Eucharistia n° 9 nos decía:

*“La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia”.*

Esta cita nos recuerda la presencia viva y operante de Nuestro Señor a lo largo de la historia, la institución de la Eucaristía como lo leemos en los evangelios no ha sido un invento de las primeras comunidades cristianas, sino que ha sido el mismo Cristo quien nos ha regalado este sacramento como alimento espiritual de nuestras vidas. Leamos:

*“La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación”<sup>4</sup>*

Este DON no solo debemos resguardarlo sino vivirlo, compartirlo, comunicar a otros las excelencias que de él se pueden beber para nuestra vida y misión, es por ello que debemos ayudar y buscar que otros participen de este gran regalo de Nuestro Señor, ara hacer vida el mandato de “Haced esto en memoria mía”<sup>5</sup>.

Llegados a este momento podríamos plantearnos algunas preguntas.

- 1.- ¿Cómo es mi vida eucarística?
- 2.- ¿Es la Eucaristía la fuente y el culmen de mi apostolado y vocación?
- 3.- ¿ Acudo a ella sintiéndome familia del pueblo de Dios, como lugar de encuentro con Cristo y con mis hermanos?

*“Las palabras con las cuales termina la celebración de la Eucaristía, *Ite missa est*, recuerdan el mandato misionero del Señor resucitado a los discípulos antes de su Ascensión al cielo: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28,19). En efecto, la conclusión de cada Santa Misa se relaciona inmediatamente con el envío a la misión. En ésta están comprometidos todos los bautizados, cada uno según su propia vocación dentro del Pueblo de Dios: los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los miembros de la vida consagrada y de los movimientos eclesiales, los laicos”<sup>6</sup>*

En la Eucaristía no solo recibimos la fuerza para vivir nuestra vida cristiana, sino que también somos enviados a dar testimonio de lo que ahí hemos vivido y celebrado, y en medida que vivimos este mandato misionero crece en nosotros el deseo de participar con mayor frecuencia de la Eucaristía, es por ello que hemos querido hablar de la invitación que el Señor nos ha hecho a permanecer en Él, sabiendo que esta permanencia hunde sus raíces profundas en una vida Eucarística y llega a su plenitud cuando hacemos vida el mandato misionero.

4 Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* n° 11.

5 Lc 22, 19.

6 Asamblea sinodal en el Año de la Eucaristía *Instrumentum laboris* y su uso. 2005. N° 88.

“Sin la Eucaristía no podríamos afirmar verdaderamente que está vivo porque careceríamos de la experiencia de su presencia entre nosotros” (La Eucaristía y la misión. Cardenal Telesphore Placidus Toppo). Si somos más eucarísticos seremos MAS MISIONEROS y no se puede concebir una vida misionera alejada de la Eucaristía en el sentido amplio de la palabra, ya que “El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano la exigencia de evangelizar y dar testimonio”<sup>7</sup>. Todos los cristianos debemos vivir en torno a la mesa para experimentar los gozos de la resurrección de Cristo, sintiendo la necesidad de colaborar en su proyecto de salvación.

7 Carta apostólica *Mane Nobiscum Domine* n°24.